

Sempiterno

Tumbado y con los párpados cerrados como persianas, puede imaginar su alrededor. No resulta demasiado difícil. El olor a desinfectante, mezclado con el aroma mustio de la tristeza le permiten imaginar la sala blanca, austera, que se confirma cuando abre el único ojo que le queda. No hay nadie sentado en el butacón color mostaza frente a su camilla. Sólo un libro reposa en el asiento, “Cumbres borrascosas” en letras doradas. Frunce el ceño, y chasquea la lengua. Siente la boca seca, casi puede mascar su saliva, pero no hace nada para remediarlo. Los médicos no se lo han dicho aún, pero sabe que no pasará de esa noche. Un trago de agua más o uno menos no le resulta relevante.

A menos de un metro, la cortina está descorrida. El señor que compartía habitación con él se ha esfumado, como si nunca hubiese estado allí. Tose, y ni siquiera se plantea qué le habrá ocurrido. Agradece estar solo, porque nunca se le dieron demasiado bien las personas, pese a haber sido el décimo de once hermanos, o precisamente por eso. No siempre fue el anciano gruñón que es ahora. Hubo un tiempo, cuando aún vestía pantaloncitos cortos, en el que gustaba de hacer travesuras por las tierras de su familia, y al verlo pasar, corriendo a trompicones, los labradores interrumpían su faena para reír. Le llamaban el Cristo, por esa cara rosada, esos tirabuzones y el hoyuelo en el mentón, decían que se parecía a las estatuillas del niño Jesús. Poco queda de ese muñequito en el hombre que ahora yace, en el Hospital Universitario Puerta del Mar.

Una paloma se posa en el alféizar de su ventana, y él gruñe, con cierto desagrado. “Las ratas del aire”, las llamó siempre. Ahora que la paloma gris, de cuello tornasolado, lo mira fijamente, puede atisbar cierta inteligencia en el animal que siempre consideró estúpido. El ave esponja sus plumas, y el viejo se sorprende a sí mismo esbozando una sonrisa. Hacía varios años que no sonreía, ni siquiera al completar el crucigrama del

periódico, ni siquiera al acabar el libro de sopas de letras, o los sudokus que su hijo menor le traía los domingos. Ni siquiera cuando sus cinco hijos, ya crecidos, y los nueve nietos que le habían dado, se juntaban en casa la mañana de Reyes para abrir los regalos. Había tomado la seriedad por costumbre. La guerra, la miseria y las tragedias habían marcado su vida, se había acostumbrado a la soledad y la seriedad, olvidando que lo pasado, pasado está. Había trabajado muy duro durante muchos años, emigrado a países cuyo idioma no desconocía, todo para enviar dinero a su familia. No vio crecer a sus hijos. No vio sus caras de ilusión cuando abrían las cartas que su padre les enviaba desde Francia, desde Suiza, desde Inglaterra, ni cómo recortaban los sellos extranjeros para añadirlos a un álbum de cromos, iniciándose en la filatelia. Tantos años alejado de todos en el extranjero habían hecho de un joven que ya era serio, un lobo solitario. Quería a sus hijos, por su puesto, por ellos era que había tenido que emigrar, para poder pagarles comida, ropa y educación en condiciones. Para que fueran los hombres y mujeres de provecho que ahora eran. Estaba orgulloso de ellos, pero nunca se lo había dicho.

A sus nietos sí pudo disfrutarlos, llevarlos de paseo, jugar con ellos. Sin embargo, hace mucho que dejó de salir de casa, desde que le conectaron a la máquina de respiración asistida, y su humor empeoró. Ahora sus nietos están crecidos, la mayor ya ha acabado la universidad, y apenas recordarán cómo los quería su abuelo, cómo los cogía en sus enormes brazos, cuando eran unos bebés, y estrechaba sus manitas diminutas, porque en los últimos años las únicas palabras que les dirigía eran “Niño, devuélveme el mando, que estaba viendo yo la tele.” El viejo no sabe lo bien que se lo pasaban los chiquitines intentando robarle el mando al abuelo dormido, mientras este roncaba. Tratando de no despertar a la bestia, sintiéndose como ladrones esquivando alarmas cuando agarraban el aparato y tiraban de él suavemente, apartándolo de los dedos

rechonchos del cascarrabias. Morirá sin saber las teorías alocadas de los niños sobre cómo perdió el ojo izquierdo. Excursiones nocturnas al baño, y a la alcoba, en busca del vaso en el que los pequeños creían que guardaba el ojo de cristal cuando se lo quitaba para dormir. “No creo que duerma con él, ¿no? Tendrá que quitárselo.” Murmuraban, rebuscando por los cajones de la mesita de noche. Si el viejo hubiera sabido este interés, habría sentado a los niños en su regazo, y les habría contado la historia con paciencia y mimo. Pero ellos nunca se atrevieron a preguntar. Y ahora ya es tarde.

El hombre suspira. Clava su ojo sano en el libro de letras doradas, que pertenece a su mujer. Llevan casados más de cincuenta años, pero apenas han vivido juntos unos veinte. Cuando la conoció, Pepa tenía diecisiete años y la elegancia de una actriz de cine. Él parecía un militar alemán, a sus diecinueve, con el pelo corto, rubio, los ojos azules y su gesto de esfinge. Aún no comprende qué es lo que la muchacha vio en él, ni cómo consiguió conquistarla, siendo tan serio, y teniendo ella pretendientes que le cantaban coplas debajo del balcón. Con ella ha sido todo lo feliz que un hombre como él puede ser. De lo que se arrepiente es de no haber compartido esa felicidad con quienes le rodeaban. La ha querido con toda su alma, si es que tiene una, y aún la quiere, pero pocas veces se lo ha demostrado, y aún menos se lo ha dicho. Durante los años que vivió en Suiza, a miles de kilómetros de su esposa, no hubo un solo día en el que no pensara en ella. Y los reencuentros, cuando volvía a su Cádiz natal, eran breves pero intensos. Tenían cinco hijos después de todo. Pero eso era al principio. Con el tiempo se volvió aún más parco en palabras, y más testarudo.

Cierra de nuevo los ojos y respira hondo, recuerda con cariño cuando Pepa y él cocinaban juntos. Él había aprendido de ella, pero con el tiempo había desarrollado sus propias recetas. Y ya jubilados ambos, tenían discusiones sobre cómo debía limpiarse el pescado, sobre cuánto tiempo había que cocer los garbanzos, y demás temas

irrelevantes. A ella la ponía de los nervios, y él siempre acababa con el ceño fruncido, haciéndole caso a su mujer mientras gruñía por lo bajo. Ahora le resulta una escena tierna, y lo echa de menos.

El viejo empieza a toser más fuerte, casi con violencia, y siente una presión muy fuerte en el pecho. Por la puerta aparece su Pepa, con pendientes de perlas, el cabello gris elegantemente arreglado, y unas ojeras bien disimuladas, de pasar las noches en vela a su lado.

- ¿Quieres que llame a la enfermera, niño?- dice la mujer, sentándose en la butaca mostaza, y tomando el libro entre sus manos, con gesto preocupado. Su marido tiene ochenta y cinco años, pero ella sigue llamándolo niño.

Él niega con la cabeza, y le hace un gesto para que se acerque. Ella se levanta despacio de la butaca, porque le duele la cadera y le supone un esfuerzo. Acerca una silla a la camilla y se sienta al lado de su esposo, que ahora tiene peor cara que nunca.

- Acércate- dice él con dificultad, agarrando con fuerza la mano pálida de la mujer, a la que se le están empezando a empañar las gafas.- Creo que no lo sabes, pero con nadie podría haber sido tan feliz como lo he sido contigo.- ella abre la boca para decir algo, pero él continúa- ¿Recuerdas cuando te llevé a la playa a coger conchas? Te daba vergüenza descalzarte para caminar por la arena conmigo, y te llenaste los zapatos de charol de arena. Luego tuvimos que parar antes de llegar a tu casa para limpiarlos, porque si no tu madre se iba a enfadar.- Pepa asiente, con una sonrisa melancólica. Hace tiempo que su niño no le dirige tantas palabras de una misma vez.- No he sido un marido cariñoso, pero te quiero- a la mujer se le enjugan los ojos, y casi no se da cuenta de que la presión que la mano masculina ejerce en la suya está disminuyendo.- Quiero ser...- no

acaba la frase, porque se le escapa una lágrima de vidrio por su ojo de cristal. La anciana abraza a su ya ausente esposo.

- ...sempiterno. – concluye Pepa.

Pseudónimo: Pantariste